

LA TRANSMISIÓN ESCRITA Y LA TRANSMISIÓN ORAL

1. DIFICULTADES DE LA TRANSMISIÓN DE TEXTOS EN LA ANTIGÜEDAD

La importante caer en la cuenta de las enormes dificultades que conportaba la copia de manuscritos en la antigüedad. Estas dificultades no hacían más que incrementar la proliferación de los errores de copia. En la antigüedad se escribía con mayor rapidez de lo que hoy cabe imaginarse (cf. Esd 7,6, «escriba rápido», si esta es la traducción del adverbio *rápid*, «rápido», y no mejor «escriba competente» como sugiere la comparación con el uso del término en etiópico). Esta circunstancia no contribuía tampoco a la precisión en la copia de los manuscritos. La imitación de abreviaturas era otra causa de frecuentes errores. Los escribas judíos solían expresar las abreviaturas mediante un trazo fácilmente confundible con la letra *yod*.

La *lectura de un texto antiguo*, sobre todo si estaba escrito en papiro, resultaba mucho más difícil de lo que un lector acostumbrado a los libros modernos puede imaginar. La escritura hebrea carecía de signos vocálicos y de acentuación. La puntuación del texto griego era muy rudimentaria; el espaciado entre palabras no se generalizó hasta la Edad Media. El uso de acentos se inició en la época helenística, pero no adquirió pleno uso hasta comienzos del Medievo. Antes del período helenístico los versos se escribían como si de prosa se tratara (un ejemplo en el papiro de Timoteo del s. IV a.C., *P. Berol.* 9875). Aristóteles de Bizancio (ca. 257-180 a.C.) introdujo la práctica de indicar las unidades métricas. Es fácil imaginar las dificultades que entrañaba un texto escrito desprovisto de indicaciones sobre los cambios de persona e incluso sobre los nombres de los personajes que intervenían en la escena. En la Biblia, especialmente en los libros proféticos, no es fácil a veces separar claramente los textos en prosa de los textos en poesía.

La labor de *copia de los manuscritos* ofrecía también mayores dificultades de lo que seguramente cabe imaginar. Los originales de las obras del período clásico no suministraban mucha ayuda al copista.

Los filólogos alejandrinos, dedicados a establecer el texto de los clásicos, hubieron de transcribir a la ortografía jónica los libros importados del Ática, escritos en el alfabeto antiguo. En este alfabeto la letra *e* (*epsilon*) podía representar el sonido *e* breve (*e*), *e* larga cerrada (*ei*) y *e* larga abierta (*ē, ēta*), etc. Hubieron de mejorar asimismo la puntuación e inventar un sistema de acentuación. La copia de textos hebreos ofrecía en este sentido todavía mayores dificultades (cf. p. 273).

Las dificultades de la transmisión textual en la antigüedad adquieren relieve especial en un caso muy frecuente y significativo: el de las *reediciones* o *revisiones* de obras en circulación. Dadas las condiciones de difusión de los libros en aquellas épocas no era fácil que la segunda edición hiciera desaparecer totalmente los ejemplares de la primera. El autor no lograba que las modificaciones y correcciones que él mismo introducía en su obra pasaran a todas las copias ya existentes. Con frecuencia se producía la contaminación horizontal de los manuscritos de una edición por los de otra. En tales casos resulta imposible establecer un *stemma* vertical claro y seguro de los diferentes manuscritos conservados. Cf. las dobles redacciones de numerosas escenas en las obras de Plauto (Bickel 47-52) y las dobles redacciones de determinados libros de la Biblia (cf. pp. 415-426).

II. MOMENTOS CRUCIALES EN LA HISTORIA DE LA TRANSMISIÓN TEXTUAL

La historia de la escritura conoció en la antigüedad momentos cruciales para la correcta y fiel transmisión textual de los libros conocidos por entonces. Tales momentos coinciden con *situaciones de tránsito*, por cambio de los materiales utilizados para la escritura (transición de la tablilla al papiro o de éste al pergamino), del sistema de encuadernación (transición del volumen o rollo al códice o libro), o del tipo de letra (transición de los caracteres paleo-hebreos a los «cuadrados» o de los caracteres griegos unciales a los cursivos). Estos momentos críticos corresponden a períodos de renovación y de renacimiento cultural. Sin embargo, los cambios técnicos operados supusieron la pérdida definitiva de muchas obras literarias y la desaparición de ediciones o de versiones diferentes del texto de un mismo escrito. Pérdidas similares ocurrieron también en el momento de la invención y difusión de la imprenta y ocurrirán sin duda en el paso del libro impreso al libro memorizado en soporte informático.

1. Transición de la tablilla al papiro y del papiro al pergamino

La escritura canónica mesopotámica se realizaba en tablillas. La copia de obras literarias muy extensas exigía un gran número de tablillas,

12 en el caso del poema de Gilgamesh. Un colofón especificaba el título de la obra y el número de la tablilla. Una palabra repetida al final de cada tablilla y al comienzo de la siguiente (*custos*) permitía reconocer el orden en el que se habían de leer las tablillas.

Nada se sabe sobre lo ocurrido en el momento en el que en Israel se pasó del uso de la tablilla al empleo del papiro. Es imposible saber en qué medida ello afectó al proceso de formación y de transmisión de los textos bíblicos en los primeros tiempos. Por analogía con lo sucedido en otros momentos cruciales posteriores, cabe pensar que este cambio ocasionó la pérdida de los textos que no fueron transcritos al nuevo material de escritura.

La transición del papiro al pergamino tuvo lugar a comienzos del período persa, coincidiendo con los inicios del proceso de canonización de la literatura bíblica, que debía ser conservada en un material más durable que el papiro. La adopción del uso del pergamino es un indicio más de la arameización del antiguo Oriente y del mundo judío en esta época, en la que también fueron adoptadas la lengua y la escritura arameas, así como los nombres babilónico-aramenos de los meses y otros muchos préstamos del mismo origen (Haran).

2. El rollo o volumen

El rollo era conocido en hebreo con el nombre de *mēgillā* o con la expresión *mēgillat sēper*, traducida en griego por *kephalis biblion* (Heb 10,7, en cita del Sal 40,7[8]).

La escritura en volumen o rollo de papiro era mucho más cómoda que la escritura en tablilla de barro. Sin embargo, el papiro se deterioraba con el paso del tiempo, sobre todo en las regiones húmedas. De hecho casi todos los papiros conservados proceden sólo de Egipto y del Mar Muerto. Para su mejor conservación los rollos de papiro solían ser guardados en grandes jarras de cerámica (Jr 32,14). Algunos de los manuscritos de las cuevas de Qumrán se encontraron en el interior de tales jarras. Este uso era conocido también en Mesopotamia para guardar las tablillas y en Egipto para conservar los papiros.

a) Evolución de la transmisión en rollo

En la época anterior al Exilio los rollos eran generalmente de papiro, conforme al uso egipcio.

En el período persa los judíos adoptaron la lengua y la escritura aramea. Por entonces se generalizó la escritura en pergamino y se hizo incluso obligatoria para la copia de los libros bíblicos.

En esta época pre-alejandrina la amplitud de los rollos era reducida. Un rollo podía contener un libro homérico (unos 700 versos), una tragedia (entre 1000 y 1600 versos) o un discurso como los referidos

por Tucídides o los pronunciados por Demóstenes (no más de 600 líneas).

El autor adaptaba con frecuencia las dimensiones de su obra a las del rollo que utilizaba. Las dimensiones del escrito estaban a su vez condicionadas por el tiempo que duraba la recitación pública de la obra. Los escritos de carácter filosófico, como los diálogos de Platón o los tratados de Aristóteles, se sustraen a esta norma y a estas medidas, pues no estaban destinados a la recitación ante un público sino a la lectura en la Academia o en el Peripato.

En época alexandrina el rollo adquirió mayores dimensiones. Los autores pudieron componer obras más amplias. Basta observar la extensión de los libros de Polibio o de Diodoro Sículo en comparación con los libros mucho más breves de Tucídides.

b) Edición en rollos

Platón (*Fedro* 278) describe el modo cómo un autor componía su obra escrita. Todo parecía consistir en «pegar» (*kollân*) y «cortar» (*aphaireîn*) las hojas de papiro unas a las otras (*prôs állēla kollôn te kai a-phairôn*). El autor añadía, quitaba o intercalaba hojas sueltas a medida que componía su texto. El autógrafo no tenía todavía la forma de rollo. No era más que una pila de hojas o tiras de papiro (Prentice). El manuscrito entregado a imprenta por un autor moderno suele ser también una pila de hojas de papel numeradas, en el que todavía resulta fácil quitar o introducir nuevas hojas. Una vez que el autor establecía el número de orden definitivo de las hojas, el texto era copiado de nuevo en un rollo continuo. Si por cualquier razón las hojas sueltas quedaban descolocadas, los diferentes pasajes de la obra aparecían en emplazamientos erróneos. Esto sucedía sobre todo en ediciones póstumas o en aquellas que el autor no había revisado.

Este procedimiento editorial permitía sobre todo añadir materiales al comienzo y al final de los libros. Los capítulos añadidos al final del libro de Jue (caps. 17-18 y 19-21) y de 2 Sm (caps. 22-24) pueden haber sido introducidos mediante una técnica editorial parecida, aplicada a la escritura en rollo.

c) Extensión de los rollos bíblicos

En la antigüedad un rollo contenía por lo general el texto completo de una sola obra. Si ésta superaba la extensión del rollo, se utilizaba un segundo rollo u otros varios hasta completar la escritura de la obra completa. En el momento de confeccionar o de adquirir un rollo se tenía ya en cuenta la extensión del libro que se había de copiar en el mismo. La escritura de los textos bíblicos seguía los mismos procedimientos. Los manuscritos de Qumrán ofrecen por lo general el texto de cada libro canónico escrito en un rollo diferente.

Un rollo podía tener capacidad suficiente para la copia de un libro tan extenso como el de Isaías. Algunos libros bíblicos eran suficientemente breves como para poder ser editados conjuntamente en un solo volumen. Tal es el caso de los cinco libros que componen la colección de *Megilla*. El Pentateuco era por el contrario demasiado extenso para ser copiado en su solo rollo; se utilizaban normalmente cinco rollos, uno por libro. Los libros de Sm, Re y Cr ocupaban cada uno un rollo completo. El texto griego de estos mismos libros ocupaba doble extensión, dado que la escritura griega cuenta con los caracteres vocálicos de los que carecía el hebreo. La extensión doble del texto griego ocasionó la división actual de aquellos libros en 1-2 Sm, 1-2 Re y 1-2 Cr.

La copia de la obra completa del Cronista (1-2 Cr, Esd, Neh) exigía dos rollos. Para indicar que tras 2 Cr comenzaba el libro de Esd, se utilizaba el procedimiento consistente en escribir al final de un rollo las frases iniciales del siguiente. Por esta razón el texto de 2 Cr 36,22-23 anticipa el comienzo de Esd 1,1-3. Los tres primeros versículos de Esd forman parte de este libro. Sólo por razones de técnica editorial aparecen también al final de 2 Cr. El final de este libro se encuentra en realidad en 36,21 y no en el texto que sigue (vv. 22-23). Esta técnica, que los latinos designaban con el término *custos* (*catch-lines* en inglés, *Langzeile* o *Stichzeile* en alemán), fue muy utilizada en la copia tanto de textos cuneiformes y de obras grecolatinas (Estrabón, Plinio, Eusebio, Porfirio, Teófilo, etc.). Igual procedimiento se practicaba también en la copia de códices medievales, de modo muy especial en los manuscritos hebreos.

Las ediciones modernas de la Biblia contienen la totalidad de los libros del canon bíblico, impresos en un volumen único, debidamente encuadernado. Esta presentación hace visible y tangible la idea de unidad del canon del AT y de la Biblia misma. En la antigüedad *no era posible copiar en un único rollo la totalidad de los libros canónicos* y ni tan siquiera una sola de las tres grandes secciones en las que se divide el canon (Torah, Profetas y Escritos). Por lo general cada rollo no contenía más que un único libro bíblico. En estas condiciones era difícil hacerse, por tanto, una idea de la unidad y totalidad del canon, sobre todo por lo que se refiere a la colección más fluida de los Escritos. El «armario» de una sinagoga podía albergar un número mayor o menor de libros de carácter muy variado, incluidos los no canónicos. Ello no contribuía precisamente a hacer visible la idea de un canon cerrado.

3. El códice

El rollo tenía un enorme inconveniente: sólo era posible escribir por una de sus caras. Para extender y leer un rollo era preciso además utilizar las dos manos. La comprobación de citas resultaba por ello muy incómoda. No es extraño que el rollo cayera progresivamente en desuso,

siendo sustituido por el *codex* o códice, hecho de hojas de papiro al principio y de pergamino más tarde.

Cuadernillos de cuatro hojas dobles (*quaternio*) formaban un códice, con un grosor discrecional y aspecto semejante al de un libro moderno, con tapas de madera o de piel. Al principio las columnas escritas eran estrechas. Entre los códices más famosos de la Biblia griega el *Alejandro* tiene dos columnas por página, el Vaticano tres y el Sinaítico cuatro. Con el paso del tiempo se generalizó la página de una o dos columnas.

A partir del s. I d.C. el códice desplazó progresivamente al rollo. Para la edición de textos literarios no se utilizó hasta el s. II, aunque Marcial menciona ya por los años 84-86 la existencia de algunas obras editadas en forma de códice, indicando incluso la librería romana en la que se podían adquirir tales novedades. En el s. IV era ya corriente el uso del códice en pergamino y no ya en papiro.

a) Preferencia de los cristianos por el formato en códice

Los cristianos utilizaron muy pronto el formato en códice para la difusión de sus escritos, antes incluso de que se generalizara el uso del códice para la copia de los textos literarios grecolatinos. El códice ofrecía numerosas ventajas sobre el rollo: menor costo, facilidad de consulta y de transporte, mayor capacidad de texto y posibilidad de numerar páginas y de incluir índices, lo que hacía más difícil que otras manos introdujeran interpolaciones en el texto. Estas cualidades hacían del códice el soporte más recomendable para la edición de los textos religiosos y jurídicos. La facilidad de transporte y el bajo costo eran ventajas muy apreciadas por los misioneros cristianos. El códice era también muy adecuado para la compilación de constituciones imperiales, realizadas mediante un proceso de «codificación» de los rescriptos imperiales en «códices».

Es de señalar que la transición del volumen al códice, más manejable y transportable, se produjo al mismo tiempo que se efectuaba también el paso del vestido voluminoso e inestable de la época clásica al vestido ceñido de la antigüedad tardía. El vestido ceñido permitía mayor facilidad de movimientos, sobre todo para los viajes. Este cambio tuvo consecuencias incluso en la evolución de las actitudes éticas. En la época clásica el trabajador y el viajero solían desahucarse de un vestido que resultaba demasiado molesto, hasta terminar por desnudarse casi completamente. Los griegos no tenían reparo alguno ante el desnudo, actitud considerada propia de los bárbaros. El uso de un vestido más ceñido y práctico condujo al final de la época antigua al desarrollo de un sentido del pudor, que trajo consigo una sofisticación y sublimación del erotismo, precursores del amor cortés en el Medievo.

El códice se convirtió para el misionero en el mejor compañero de viaje, que abandonó los engorrosos volumenes más propios para estar

depositados en los *armaria* de las sinagogas o en las *capsae* circulares de una biblioteca.

Los textos más antiguos conservados del NT (el P⁵² de comienzos del s. II por ejemplo), tienen todos forma de códices. Se ha calculado que, de un total de 172 fragmentos de textos bíblicos, 158 provienen de códices y sólo 14 de rollos (Roberts-Skeat). Por el contrario, en el conjunto de la literatura pagana del s. II la proporción de uso equivale solamente a un 2,31%, pasando al 16,8% en el s. III, para alcanzar ya una plena difusión en el s. IV (73,95%).

La rápida adopción del códice por parte de los cristianos representó una ruptura con la tradición judía, que no autorizaba la copia de los textos sagrados en otro formato que no fuera el del volumen o rollo. El distanciamiento entre cristianos y judíos tiene también reflejo en las técnicas utilizadas para la edición de los respectivos libros sagrados. Así, por ejemplo, los *nomina sacra* judíos fueron sustituidos por otros de carácter cristiano. El hecho de que los judíos no autorizaran la copia de sus libros sagrados en el nuevo formato en códice tuvo como consecuencia el que la transmisión de los textos hebreos no se viera afectada por las revoluciones técnicas que influyeron en la transmisión de los textos clásicos y cristianos.

La rapidez con que los cristianos adoptaron el uso del *codex* se debe, como se ha dicho, a las cualidades prácticas de este formato, pero seguramente influyó en ello todavía más el hecho de que los libros cristianos no habían adquirido aún el carácter de Escritura Sagrada; el diseño general del canon neotestamentario no adquirió forma hasta finales del s. II d.C. Las colecciones de dichos de Jesús (*logia*), que más tarde pasaron a formar parte de los evangelios, se transmitían en un principio posiblemente en hojas sueltas de papiro, como material propagandístico y de apostolado. En los primeros tiempos las comunidades cristianas, movidas por la prisa apocalíptica que exigía la rápida conversión de los gentiles antes de la inminente parusía, consideraban más apremiante la difusión apostólica de las palabras de Jesús a través de un medio práctico y rápido como el códice, que la sacralidad y el decoro de la letra y del material en el que se escribían los textos. Sólo pasados los siglos y una vez formado el canon definitivo del NT, dio comienzo el proceso de sacralización del soporte material de las nuevas Escrituras. A mediados del s. II el formato en códice se utiliza ya con carácter general para todas las Escrituras sagradas cristianas, incluidos los libros heredados del judaísmo. La posibilidad de copiar varios escritos en un mismo códice contribuyó a dar expresión a la idea del canon; al principio sólo se podían copiar colecciones como las de los cuatro evangelios o de las cartas paulinas. No deja de ser significativo el que la formación definitiva del canon del NT coincida con la época en la que los códices adquirieron capacidad suficiente para contener la totalidad de los libros del NT (Turner).

Durante la primera mitad del s. IV, cuando la Iglesia acababa de sa-

lit de las catacumbas, el pergamino fue sustituido por el *vellum* para la confección de los libros más cotizados. De esta época proceden los códices bíblicos más famosos como los ya citados Vaticano (B) y Alejandrino (A). Juan Crisóstomo y Jerónimo no dejaban de criticar la suntuosidad con la que se confeccionaban algunos códices. El mejor ejemplo es el llamado *Codex Purpureus Petropolitanus* del s. VI.

b) El uso del códice en la literatura greco-latina

Por lo que respecta a la literatura greco-latina, el proceso de transición del rollo de papiro al códice en pergamino concluyó en el s. IV, coincidiendo con un período de renacimiento, efímero tal vez, pero no carente de importancia. El renacer de la filología clásica y el afianzamiento del códice en el s. IV contribuyeron a la conservación de la literatura de los clásicos. El «renacimiento» del s. IV es comparable a los renacimientos posteriores: el bizantino en Oriente y el carolingio en Occidente, ambos en el s. IX, y el «Renacimiento» por antonomasia, el humanista de los ss. XV y XVI.

Nuestro conocimiento de los clásicos latinos pasa a través de la tradición medieval manuscrita, y alcanza a manuscritos procedentes en su mayoría del s. IV y de los siglos V y VI. De esta época proceden los *codices archetypi*, los *rescripti* o palimpsestos y los fragmentos y hojas sueltas de antiguos manuscritos en letra capital y en uncial. Los códices arquetipos transmiten fundamentalmente obras de Virgilio, Tito Livio, Terencio, Cicerón y la literatura jurídica nacional republicana de los *Digestos*. Los palimpsestos y los fragmentos confirman el interés de la antigüedad tardía por las obras y géneros de los autores citados, y completan el panorama de la literatura latina antigua con obras de Plauto, Salsito, Plinio el Viejo, etc. El descubrimiento de los papiros ha puesto al descubierto un panorama más amplio de la literatura clásica que el ofrecido por el legado de códices pergamíneos de los ss. IV-VI.

Así, pues, la antigüedad tardía nos ha legado un *corpus* de literatura latina en códices pergamíneos más reducido que el existente en la época anterior, en la que se empleaban predominantemente el formato de rollo y el material de papiro.

4. Transición del rollo al códice

El paso del rollo al códice supuso una criba de todas aquellas obras que, por unas razones u otras y sobre todo por los gustos imperantes de la época, dejaron de ser copiadas en el nuevo formato. Los autores y obras que no entraron a formar parte de este legado quedaron olvidados y no ejercieron influjo alguno en los «renacimientos» posteriores. Sólo gracias al descubrimiento moderno de los papiros ha podido ser recuperada su memoria. Las obras de Menandro son conocidas gracias

únicamente a los papiros. Este comediógrafo ateniense fue amigo de Demetrio Falereo, el primer impulsor del renacimiento cultural alejandrino.

Los papiros demuestran que la tradición medieval ha conservado con gran fidelidad los textos de la antigüedad clásica. El texto de un manuscrito medieval puede ser incluso más correcto que el de un papiro, como es el caso del *Fedón* de Platón en comparación con un papiro del s. III a.C. (1083 P.).

Cabe establecer un paralelismo entre la arquitectura de las grandes basílicas construidas en el s. IV en los lugares santos de la tradición cristiana en Palestina, y los grandes códices de la Biblia griega editados con esmero y cuidado en el mismo siglo. Las grandes basílicas de época bizantina fueron construidas sobre los lugares venerados desde los orígenes del cristianismo (las basílicas del Santo Sepulcro en Jerusalén, de la Natividad en Belén, del *Pater Noster* en el Monte de los Olivos, etc.), pero al mismo tiempo sepultaban y destruían incluso gran parte de los vestigios de épocas anteriores. Ha sido preciso excavar el subsuelo de estas basílicas para descubrir algunos de aquellos vestigios más antiguos. De igual modo, cabe decir que los grandes códices bíblicos del s. IV, al tiempo que transmiten el legado de la época anterior, condenaron al olvido textos escritos en papiro o copiados en rollos, que sólo es posible conocer ahora gracias al descubrimiento de los papiros.

El interés existente al final de la antigüedad por conservar el tesoro literario de los siglos precedentes queda de manifiesto en el uso de las *subscriptions* o colofones, que se extiende desde finales del s. IV hasta el s. VI. Estas notas editoriales pueden referir simplemente el nombre del revisor de la obra copiada, o en ocasiones añaden también la fecha, el lugar y otras circunstancias de la revisión. Las más famosas son las de algunos libros de Tito Livio, como aquella que reza: *Nicomachus Plautinus v. c. III praef. ubi emendavit apud Henna* («Nicomaco Flaviano, prefecto de la ciudad por tercera vez, he realizado esta revisión ante Henna»).

La utilización de colofones e *subscriptions* era bien conocida en el antiguo Oriente (Hunger). En la Biblia se pueden encontrar ejemplos de *subscriptions* y colofones en compilaciones legales y en la literatura hímica y sapiencial. Estas prácticas de los escribas suministran interesante información sobre la historia textual de las compilaciones legales, himnicas, sapienciales, etc.

Ejemplos de *subscriptions* en compilaciones legales se encuentran en Lv 6,2 («Esta será la ley del holocausto»), 6,7 («Esta será la ley de la oblación»), 7,1 («Esta será la ley del sacrificio por el delito»), 7,11 («Esta será la ley del sacrificio pacífico»). Ejemplos de colofón son Lv 7,37 («Esta es la ley del holocausto, de la oblación, del sacrificio por el pecado, del sacrificio por el delito...»), 11,46-47 («Esta es la ley relativa a las bestias, a las aves, a todo ser viviente...»), 14,54-57; 15,32-33; Eze 5,29-31 y Num 6,21 (Frischbanc).

La expresión de Sal 72,20, «Las plegarias de David, hijo de Jesé, están completas (*kállû*)», constituye el colofón de la colección de salmos 42-72. El término hebreo corresponde al de los colofones cuneiformes *gām* (Hunger). Un término sinónimo es *tammā*, utilizado en Job 31,40: «Las palabras de Job están completas». Ejemplos de colofones en la literatura profética se encuentran en Jr 48,47b: «Hasta aquí (*ad hennā*) el juicio sobre Moab» y Jr 51,64: «Hasta aquí las palabras de Jeremías». Es muy frecuente la utilización de bendiciones y oraciones como colofones (Sal 72,18-19).

Particularmente instructiva es la *inscriptio* que introduce la segunda colección de proverbios en Prov 25,1: «También éstos son proverbios de Salomón, que *copiaron* los varones de Ezequías, rey de Judá». Los «títulos» que preceden a numerosos salmos son otros tantos ejemplos de *inscriptio*.

Otro aspecto de la transición del rollo al códice es el relativo al cambio que ello trajo consigo en el sistema de división del texto. La división en libros, propia de los escritos editados en volúmenes, dejó paso a la división en capítulos (*capitula*), más propia de los textos diseñados para ser escritos en códices.

Cuando un texto pasaba del antiguo formato en volumen al nuevo formato en códice se acostumbraba a reproducir el texto de la obra con todas las características editoriales propias del volumen, a pesar de que éstas resultaban inadecuadas para el nuevo formato en códice. Cada volumen solía llevar una *inscriptio* al final del escrito. Esto era, sin embargo, lo primero que el lector leía, pues al comenzar a descollar el volumen en torno al *omphalos*, la primera columna que aparecía era justamente la última del escrito. En consecuencia, la *inscriptio* podía ser muy bien la última frase del texto. Tal era efectivamente el sistema más antiguo de *inscriptio*, como muestra la historia de Tucídides sobre las guerras del Peloponeso. Cada rollo contenía el relato de las guerras de un año y terminaba con una frase editorial, que suministraba los datos de autor, título y número de orden de cada libro: «Y concluyó el (ii, iii, etc.) año de la Guerra (*Pólemos* es el título de la obra) que Tucídides narró». Estas indicaciones editoriales podían encontrarse también al principio del libro (*inscriptio*), y en consecuencia en la parte interior del rollo. Cuando una obra que estaba dividida en libros, uno por cada rollo, era copiada en un códice único, los libros seguían conservando sus propias indicaciones editoriales. No es extraño por tanto que un códice repita el nombre del autor incluso varias veces. Así, p. ej., el códice griego 485 de Munich (s. x), repite en el encabezamiento de cada uno de los grandes discursos de Demóstenes el nombre del autor, mientras que los cinco breves discursos denominados *Symbolentikos* llevan un único encabezamiento. La razón de ello es que formaban parte de un único rollo y eran transmitidos por lo tanto conjuntamente.

Ello significa que las divisiones de los códices medievales no permiten reconstruir en ocasiones las divisiones de los rollos antiguos y de

las obras contenidas en éstos. La transmisión de los textos bíblicos en volúmenes presenta ejemplos comparables. Los cinco pequeños libros, que forman la colección de *Mégillot*, se transmitían en un principio en rollos independientes hasta el momento de formar una colección completa en un solo volumen. Las divisiones del texto bíblico en secciones «abiertas» y «cerradas», que presentan los manuscritos medievales, se remontan, como bien muestran los manuscritos del Mar Muerto, a la época de transmisión en rollos.

La edición de Felix Pratensis (1516-7) introdujo la división en capítulos que han seguido desde entonces las Biblias cristianas, así como la división en dos de los libros de Samuel, Reyes y Crónicas, que pasó más tarde a las Biblias y escritos de autores judíos. Este sistema resultaba más práctico que el antiguo hebreo. El renacimiento de los estudios hebreos entre los cristianos en el s. xvi contribuyó tal vez a que los judíos se sintieran más comprometidos en una empresa común y aceptaran el sistema de división extendido entre los cristianos.

Los ss. vii y viii fueron los momentos más críticos para la conservación y fiel transmisión de los textos de la antigüedad greco-latina. La pobreza material y cultural de esta época y la carencia del pergamino condujeron a la práctica de raspar el texto de un pergamino para poder escribir sobre él un nuevo texto. De este modo nacieron los códices *rescripti* o palimpsestos. Procedimientos químicos y fotográficos permiten hoy la lectura del texto raspado, que era con frecuencia el de un libro bíblico, sustituido a menudo por textos penitenciales o canónicos.

5. Transición en los tipos de caracteres

a) De los caracteres paleohebreos a los cuadrados o arameos

Los sabios judíos de la época tannáica creían que el cambio de la escritura paleohebraica a la «asiria» o cuadrada había sucedido en tiempos de Esdras. Esta creencia expresa en realidad una crítica hacia los grupos o escribas que seguían utilizando la escritura antigua (paleo-hebraica), como eran los samaritanos y los qumranitas.

El paso de los caracteres paleohebreos a los cuadrados explica una serie de errores textuales. Unos cuarenta casos, p. ej., de posible confusión entre las letras *āleph* y *tāw* sólo tienen explicación en escritura paleohebraica (Talmon). Obras escritas en estos caracteres pudieron resultar perdidas. En época tardía, cuando los rabinos prohibieron el uso de estos caracteres para la copia de la Biblia hebrea, se perdieron sin duda manuscritos bíblicos, que podían contener al menos variantes textuales, cuyo estudio podría resultar hoy interesante. En Qumrán han aparecido varios manuscritos en escritura paleo-hebraica (cf. p. 227).

b) De los caracteres mayúsculos o unciales a los minúsculos

El renacimiento carolingio del s. IX tuvo como máximo exponente al anglosajón Alcuino, a quien se deben los caracteres minúsculos carolingios, en los que nos ha llegado en gran parte la literatura clásica latina. A esta época se remontan por lo general los arquetipos de los manuscritos medievales. En esta misma época, y una vez pasadas las guerras civiles iconoclastas, se produjo en el Oriente, en tiempos del patriarca Focio, un renacimiento de la literatura griega, que trajo consigo también un cambio de escritura. Los caracteres minúsculos sustituyeron entonces a los unciales de la época anterior.

El tamaño reducido de los nuevos caracteres permitía el ahorro de pergamino. Un código en letra minúscula podía contener el texto de dos códigos en letra uncial o mayúscula. El manuscrito *Chigiaco* R VIII 60 de la *Historia antigua de Roma* de Dionisio de Halicarnaso (s. X) contiene los libros I-X, que en escritura uncial ocupaban dos manuscritos. Esta es la conclusión que se extrae de la anotación final del manuscrito, que hace referencia al «fin del segundo código», y también de la distribución de los diez libros, que componen la obra, en dos grupos de cinco copiados en dos manuscritos. Esta distribución de cinco libros por código es muy frecuente en la historiografía griega y latina. De Polibio se han conservado los libros I-V, de Diodoro los libros I-V, XI-XV y XVI-XX. Las *Historias* de Tácito y la *Historia de Alejandro Magno* de Curzio Ruto presentan también esta distribución. En la medida en la que tal distribución en grupos de cinco libros se puede remontar a la etapa anterior de la escritura en rollo, el paralelo con la transmisión de los libros bíblicos puede ser significativo: el Salterio se divide en cinco libros, el Pentateuco también y los cinco libros que forman la colección de *Megillot* se copiaban en un solo volumen.

Los escritos latinos se han transmitido en cuatro tipos de letra diferentes. Un tipo de caracteres mayúsculos cuadrados estaba reservado a las ediciones de lujo del vate nacional, Virgilio. La mayúscula de uso más corriente, mal llamada «rústica» (por contraposición a la anterior), estuvo en boga hasta el s. VI. Los otros dos tipos de letra se desarrollaron con independencia uno de otro a partir de los caracteres cursivos. El primero es el de la mayúscula o «uncial», utilizado en el s. IV y en uso todavía hasta comienzos del s. IX. El segundo es la letra minúscula semi-uncial.

El Bajo Imperio conoció un cierto desarrollo de la técnica de la estenografía, que en Grecia no aparece atestigüada hasta el s. II. Aunque los sermones de algunos Padres de la Iglesia fueron recogidos por algún procedimiento estenográfico, esta técnica no jugó un papel significativo en la transmisión de textos literarios antiguos. El uso de abreviaturas era, por el contrario, muy frecuente y causa a menudo de errores de copia. Los escribas judíos expresaban la abreviatura mediante un trazo similar a una pequeña *yod*.

III. LA TRANSMISIÓN ORAL

Para hacerse una idea de la importancia de la tradición oral basta tener en cuenta tres datos significativos: 1) la formación e interpretación de la Biblia dependen en gran medida de la tradición oral; 2) el judaísmo rabínico puede ser definido como la religión de la doble Torah: la Torah escrita y la Torah oral, al igual que el cristianismo es la religión de los dos Testamentos; y 3) las grandes polémicas entre cristianos católicos y protestantes se han centrado desde siempre en el binomio Escritura y Tradición.

La transmisión oral jugó un papel decisivo en los procesos de formación e interpretación de la Biblia: en los momentos iniciales, cuando la palabra viva de narradores y profetas se convirtió en «texto» escrito, y en los momentos finales, cuando lo escrito comenzó a ser interpretado, primero en forma oral y sirviéndose de materiales de tradición oral. En realidad estos momentos iniciales y finales no estaban siempre y necesariamente alejados en el tiempo el uno del otro. Los dos procesos, la transmisión oral y la escrita, iban necesariamente siempre juntos. Los «hijos de los profetas» ponían por escrito los oráculos pronunciados por sus maestros, pero al mismo tiempo los interpretaban y actualizaban, generando de este modo nuevos textos escritos y a la vez nuevas interpretaciones orales.

La interacción entre oralidad y escritura alcanza su expresión máxima en el fenómeno de las variantes textuales designadas como *Kethb*, «lo escrito», y *Qeryá*, «lo dicho».

En el mundo moderno occidental el lector de libros se ha convertido en un sujeto mudo. La difusión de la Biblia en ediciones baratas y de bolsillo ha hecho de la Biblia un libro más, perdido entre otros muchos en los estantes de cualquier biblioteca. La lectura privada de la Biblia hace perder el sentido del carácter oral y auditivo de los textos bíblicos, que no están hechos para ser leídos en privado y en voz baja, sino para ser proclamados en voz alta y acompañados incluso de una asamblea litúrgica. El judaísmo rabínico, el Islam, el budismo, y en mayor medida todavía el hinduismo, mantienen vivo en gran medida el carácter oral propio de los textos sagrados. En la historia de las religiones y en la formación de la Biblia, la transición de la tradición oral a la transmisión escrita señala un cambio decisivo. Por otra parte, memorizar las Escrituras o la simple cita de las mismas suponía una especie de ingreso en el ámbito de lo divino.

El estudio antropológico de la tradición oral se ha centrado con frecuencia en las culturas pre-literarias y en los pueblos no civilizados. En las religiones de estas culturas, pero también en las grandes religiones, la palabra posee una fuerza especial, capaz de evocar y de hacer presente el acontecimiento primordial de la creación y los diversos hitos de la historia de la salvación. La relación entre el decir y el hacerse («dijo» y fue hecho», Gn 1) conforma la estructura literaria y teológica de la

Biblia (imperativo-indicativo y promesa-cumplimiento). En el Corán Alá «es quien da la vida y da la muerte. Y cuando decide algo, le dice tan sólo 'Sei' y es» (*kun fa-yakun*, Sura 40,68)¹.

El judaísmo rabínico y el Islam medieval concebían la palabra divina revelada en la Torah o en el Corán como algo preexistente y anterior a la creación. En todos los órdenes, cósmico, antropológico e histórico, la palabra es anterior a la escritura. Los videntes y los profetas pronunciaban oráculos, que más tarde los discípulos pondrán por escrito para asegurar el recuerdo de los mismos.

Conforme a la tradición judía, la Torah se aprende directamente por tradición oral, con los discípulos sentados a los pies del rabino, y no tanto mediante la lectura de libros y de comentarios. Las formas tradicionales de la piedad religiosa giran en torno a la palabra hablada. No es extraño que los fieles de una religión puedan recitar de memoria extensos pasajes de sus textos sagrados. Un gran número de judíos podía recitar de memoria la Torah completa. Antes de presentarse a sus maestros algunos rabinos habían repetido 24 o incluso 40 veces el texto de la Mishnah (*Ta'anit* 8a). No se permitía utilizar libros en la enseñanza. Un *Tanna* («repetidor») tenía que conocer de memoria los textos de la *Halakāh*, *Sifrá*, *Sifrē* y la *Tosefta*. El *Tanna* era una verdadera biblioteca viviente. La transmisión de la Mishnah y más tarde del *Talmud* debió de ser en un principio y por bastante tiempo únicamente oral, hasta que más tarde se pasó a la transmisión escrita. Para el estudio privado se permitía hacer uso de los escritos y tomar notas, que el discípulo podía consultar fuera de la sala en la que enseñaba el maestro. Sólo después de haber hecho el aprendizaje de memoria se podía preguntar sobre el sentido del texto.

La recitación o lectura en voz alta era práctica habitual en los cultos helenísticos, como el de Isis. En las sinagogas, mezquitas e iglesias la lectura pública es parte integrante del culto. En los monasterios el rezo de las horas era siempre cantado. Ni siquiera el rezo privado del breviario monástico se hacía en completo silencio; debía estar acompañado al menos del movimiento de los labios como en un ligero susurro.

El texto de los libros sagrados suele estar dividido en secciones para su recitación o lectura en voz alta en las asambleas litúrgicas. En todas las tradiciones religiosas existen antologías de textos para el culto y la piedad, como son los breviarios, salterios, leccionarios y evangelarios cristianos. En la tradición budista, la selección *Paṭimokha* del Vinaya se recita como un elemento fundamental de la disciplina monástica Theravada.

La transmisión oral puede ser preferida a la escrita, aun aceptándose la autoridad de lo escrito. Escuchar la recitación del Corán es más importante que su misma lectura. Escuchar el Corán recitado por un

cantor profesional permite una mejor apreciación de las cualidades literarias y rítmicas y de los matices de significado del texto árabe, que no es posible percibir plenamente a través de la simple lectura del texto escrito. Tras la invención de la imprenta, el Islam permitió la impresión de libros profanos, pero en un primer momento prohibió imprimir el Corán. Los textos más sagrados del zoroastrismo, escritos en persa antiguo, se transmitían sólo a través de la recitación oral hasta que la llegada del Islam estimuló la puesta por escrito del Avesta. Es significativa del Islam estimuló la puesta por escrito del Avesta, se hizo el hecho de que, mucho antes de la escritura del Avesta, así transmitían ya por escrito los comentarios del mismo Avesta (Zand) como otros libros religiosos de menor carácter sagrado escritos en Pahlavi. En la tradición hindú hablar de «escrituras sagradas» no deja de ser un contrasentido, pues la transmisión escrita de las mismas no fue casi nunca autorizada.

Platón atribuye a Sócrates una actitud recelosa respecto a la escritura, que impide el desarrollo de la memoria y no es nunca un sustituto del diálogo vivo entre maestro y discípulo (*Fedro* 274C-275A)². En la antigüedad la publicación de un texto no consistía en editarlo en un volumen sino en recitarlo públicamente.

El judaísmo anterior al año 70 conoció la formación progresiva de un cuerpo de tradiciones orales e incluso de toda una doctrina sobre la tradición oral. Al comienzo del período tanaítico se acentuaba el carácter oral de la tradición, a veces en controversia con los paganos, atribuyendo el origen de algunas *halakot* orales al mismo Moisés. La doctrina de que toda la tradición oral en su conjunto arranca del Sinai y no llegó a establecerse hasta los inicios de la época amorrita, aunque se venía fraguando ya desde la época anterior a Yabneh (P. Schäfer). La definición de la tradición oral se convierte en un elemento fundamental para establecer la diferencia entre el judaísmo de la doble Torah, escrita y oral, y el cristianismo de los dos Testamentos, antiguo y nuevo.

En los orígenes del cristianismo la tradición oral desempeña un papel importante en numerosos aspectos: carácter del movimiento de Jesús, formación del canon, fijación del texto, interpretación del mismo, etc.

En el s. I d.C. la lectura de documentos escritos en papiro o pergamino estaba más extendida de lo que se suele pensar. Sin embargo, no cabe exagerar la extensión del alfabetismo en el mundo antiguo. Jesús no escribió, aunque al parecer conocía la escritura. Pablo enviaba a las comunidades cristianas epístolas que de algún modo cumplían la función de hacerlo presente en las mismas (Gal 4,20; 2 Cor 13,10; 1 Cor 11,34). La colección de escritos oficiales del cristianismo no llegó a formarse hasta muy tarde. En la segunda generación cristiana Papías, obispo de Hierápolis (ca. 60-130), manifiesta todavía sus preferencias por la tradición oral (Eusebio, *Historia eclesiástica* III, 39,1-7.14-17).

1. Traducción de Julio Cortés, *El Corán*, edición preparada por Julio Cortés, Barcelona 1986.

2. Fowler's translation, Loeb Classical Library, 561-563.

Se ha insistido con frecuencia en la matriz rural y, por lo mismo, en la naturaleza oral del movimiento nacido en torno a Jesús, cuya figura es presentada también como la de un predicador oral (Kelber). No se ha de insistir seguramente demasiado en el contexto rural del ministerio de Jesús (cf. p. 37).

E. E. Ellis ha llegado a proponer que algunas tradiciones evangélicas eran transmitidas, ya en vida de Jesús, no sólo oralmente sino también por escrito. Según Ellis, el factor determinante en la puesta por escrito de tales tradiciones no era tanto el paso del tiempo cuanto la distancia en el espacio. Es cierto que los cambios generacionales obligaban a escribir lo transmitido oralmente, para evitar su pérdida o corrupción, pero más importante todavía era poder comunicar por escrito desde el primer momento las enseñanzas del Maestro a otros miembros de la comunidad que se encontraban en lugares distantes.

El paso de la tradición oral a la escrita constituye un momento decisivo en la formación del NT, en particular de los evangelios y sobre todo en el de Marcos. Junto a la hermenéutica del texto escrito es preciso prestar atención por ello también a una hermenéutica de la oralidad, analizando para ello las formas y funciones propias del lenguaje oral (Kelber).

BIBLIOGRAFÍA

- BET ARIE, M., *Hebrew Codicology*, Jerusalem 1981².
- BICKEL, E., *Historia de la literatura romana*, Madrid 1982.
- BIRT, T., *Das antike Buchwesen in seinem Verhältnis zur Literatur*, Berlin 1882 (=1959).
- EMANUEL, S., «Scribal Errors», *Tarbiz* 58 (1988) 135-145 (en hebreo).
- FISHBANE, M., «On Colophons, Textual Criticism and Legal Analogies», *CBO* 42 (1980) 438-439.
- GEVARYAHU, H. M., «Biblical Colophons: A Source for the 'Biography' of Authors, Texts and Books», *VT* 28 (1974) 42-59.
- GEVARYAHU, H. M., «Colophons in the Books of Proverbs, Job and Ecclesiastes», *Studies in the Bible and the Ancient Near East, presented to S. Loewenstamm*, Vol. I, Jerusalem 1978, 107-131 (en hebreo).
- GRAHAM, W. A., *Beyond the Written Word. Oral Aspects of Scripture in the History of Religion*, Cambridge 1987.
- HARAN, M., «Bible Scrolls in the Early Second Temple Period: The Transition from Papyrus to Skins», *Eretz-Israel* 16, H.M., Ordinsky Volume, Jerusalem 1982, 86-92 (en hebreo).
- HARAN, M., «Book-Scrolls in Pre-Exilic Times», *JSt* 33 (1982) 163.
- HARAN, M., «More Concerning Book-Scrolls in Pre-Exilic Times», *JSt* 35 (1984) 84-85.
- HARAN, M., «Book-Size and the Device of Catch-Lines in the Biblical Canon», *JSt* 36 (1985) 1-11.
- HENGER, H.-STEGMÜLLER, H., EISE, H., JAHN, M., BROCKMEYER, K., BECK, H. G., RÖDGER, H., *Geschichte der Textüberlieferung der antiken und mittelalterlichen Literatur I*, Zürich 1961.
- HENGER, H., *Babylonische und assyrische Kolophone*, Neukirchen-Vluyn 1968.
- KELBER, W. H., *The Oral and Written Gospel*, Philadelphia 1983.
- MAHON, R., *Preaching the Tradition. Homily and Hermeneutic after the Exile*, Cambridge 1990.
- PAQUOT, G., *Storia della tradizione e critica del testo*, Florencia 1952².
- REYNOLDS, L. D., WILSON, N. G., *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, Madrid 1986.
- HOMER, C. H., «Books in the Graeco-Roman World and in the New Testament», *The Cambridge History of the Bible*, vol. 1, ed. P. R. Ackroyd-C. F. Evans, Cambridge 1970, 48-66.
- HOMER, C. H., *Manuscript, Society and Belief in Early Christian Egypt*, London 1979.
- HOMER, C. H., SEAT, T. C., *The Birth of Codex*, Oxford 1983.
- RODÉ, E., *Manuel de Codicologia*, Madrid 1988.
- SEAT, N. M., «The Order of the Books», *Studies in Honor of I. E. Kien, ed.*, Berlin, New York 1971, 407-413.
- SEAT, T. C., «Early Christian Book Production: Papyri and Manuscripts», *The Cambridge History of the Bible*, vol. 2, *The West from the Fathers to the Reformation*, ed. G. W. H. Lampe, vol. 2, 66-74.
- SEIDMANN, H., «Methods for the Reconstruction of Scrolls from Scattered Fragments», *Archaeology and History in the Dead Sea Scrolls*, ed. L. H. Schiffman, Sheffield 1990, 189-220.
- THOMAS, S., «The Ancient Hebrew Alphabet and Biblical Criticism», *Mélanges D. Barthélemy*, Fribourg-Göttingen 1981, 497-530.
- THOMAS, P. G., *The Typology of the Early Codex*, Philadelphia 1977.
- WILSON, G., *Fenomenologia de la religión*, Madrid 1976.
- ZAHN, Z., *Matres Lectionis in Ancient Hebrew Epigraphy*, Cambridge 1980.